

CANTURREAR

Que sobre todo no se pierda el hábito de canturrear,
que no se pierda la costumbre de la canción
que no es todavía, cuando con puerca inocencia
el oído se monta, pájaro, sobre un rastro robado de aire,
ese aire que traza por el recuerdo la melodía
fugaz de su aparición, bosquejo de voces,
canto puesto a medio pintar en la caparazón
del día, del bosque a medio cocinar,
esa escena irrecobable de la muchacha
haciendo pan, de los días en que hubo muchachas
que amasaban cuerpos para el horno
como retratos de cicatrices, marcándoles
en la frente la herida de la transformación,
como gólems cocinados por la muerte,
el rastro de lo que no alcanzaban a ser
entre sus manos de harina, como tantos
de nosotros que a medio hornear éramos heridos
por el ensayo de una mujer que viéndose
de pie, o sentada en el espejo de su voz, sin
diferencia
ya cantaba o reía o las dos cosas
como quien se quita una maraña de espanto,
una pestaña. Que no se pierda el recobro,
la caza mayor de la voz en su simulacro,
y sobre todo los pies desnudos que funcionan
para soportar una columna de aire,
una voz puesta de pie sobre el ritmo.
Que no se pierda el manchón de canto en el aire,
la melodía silbada porque todo el que silba
no está muerto, lo que silba no está muerto,
lo que canta no se deja morir, la melodía silbada
es una hebra de asombro.